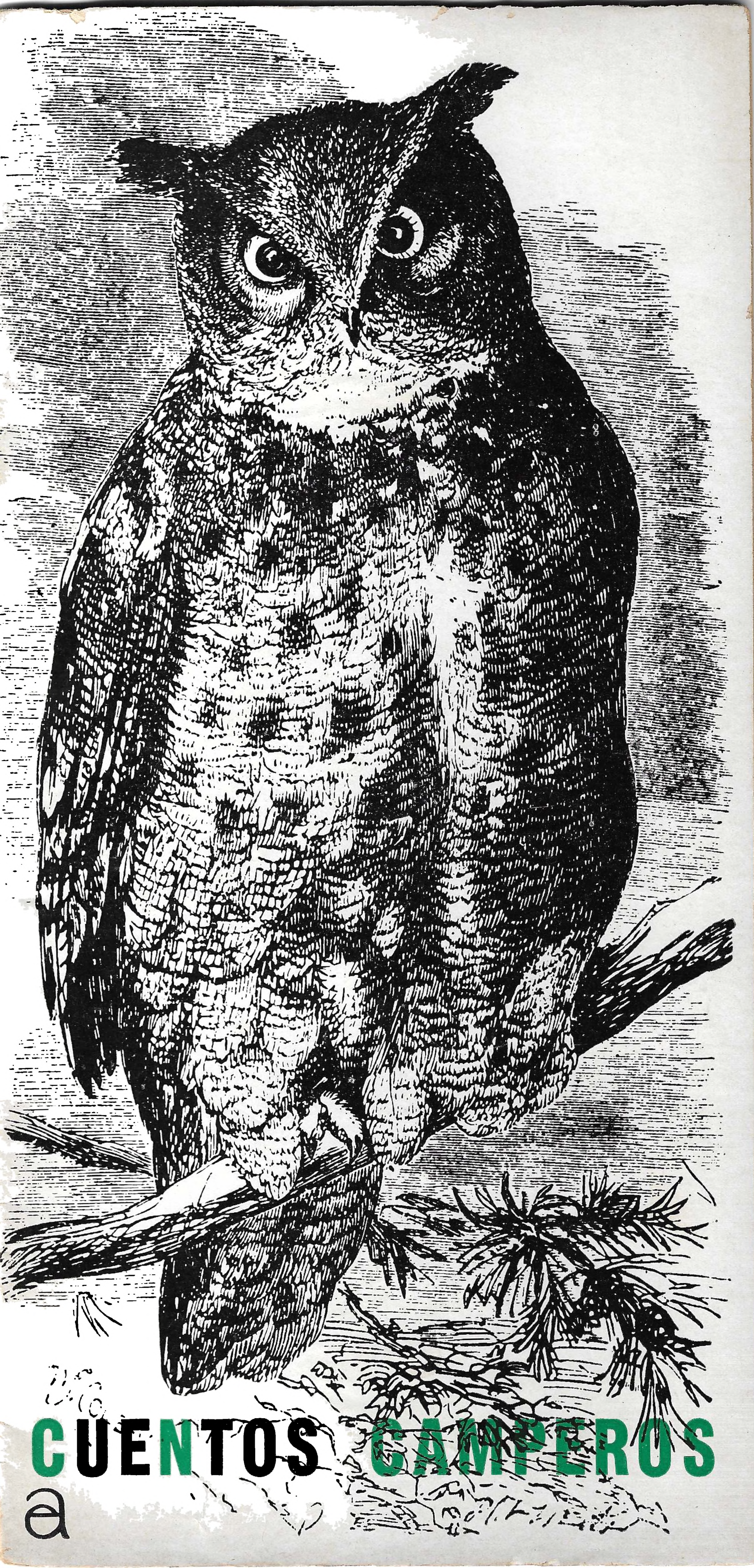

CUENTOS CAMPEROS
a

Santiago Maciel (1865 - 1931)

La tapera

EL ejército acampó al anochecer en la falda de la sierra. La gente, rendida por las marchas y contramarchas, —apenas vibró el toque de clarín deseado—, experimentó inusitada alegría y de todas partes surgieron rumores de risas y conversaciones. Un día entero de trote y galope a través de las llanuras; internándose en los montes inextricables; atravesando las picadas y los pasos de los grandes arroyos, en persecución de aquellos revolucionarios que se desvanecían como soldados-fantasmas, no dejando otras señales de su existencia que los humeantes fogones y la carne soasada, que no tuvieron tiempo de aprovechar, hostigados por el enemigo implacable; después la lluvia que caía desde la madrugada, —lenta, como todas las lluvias largas—, les tenía maltrechos y calados. Por eso, cuando se dio la orden de desensillar, los pobres "milicos" se apearon de un golpe, torciendo los ponchos que les pesaban enormemente sobre las espaldas—, de cuyos extremos chorreaba el turbio líquido, coloreado por el tinte de la bayeta. Los caballos, ávidos de hierba fresca y jugosa, sacudieron las crines al sentirse libertados de las cinchas y las caronas, echando vapor al quitarles las bajeras, embarradas las colas, sumidos los ijares. Algunos se revolcaron sobre el trébol, entre cuyos tallos el agua resplandecía; otros permanecieron inmóviles, con las cabezas gachas y lánguidos los ojos, aplastados por la debilidad y el trabajo, — y no eran pocos los que devoraban el pasto, arrancándole de raíz con feroces dentelladas. En la penumbra, se percibió el resplandor de los fogones; un llamear rojo, vacilante, que se extendía como un collar de fuego rodeando la garganta de la sierra. Pronto el humo de la leña mojada, se esparció como una inmensa nube gris que flotaba sobre el campamento, llenando hasta los intersticios de las rocas. Era un ejército disciplinado a la antigua usanza, compuesto por elementos de todas las cataduras, — en su mayor parte paisanos arrancados a viva fuerza del hogar; chacareros refractarios a la milicia, y objeto de constante vigilancia, sometidos aparentemente a su destino, pero siempre en acechanza del momento oportuno para huir hacia el monte o en dirección al "pago", a fin de ver, aunque por breves instantes a sus familias, terminando por ocultarse en sitios seguros adonde no pudiera llegar el olfato de los cazadores de hombres.

Entre los más perseguidos, se hallaba Nazario Zerpa, — gaucho joven, de aspecto agradable, de alta estatura y bien conformado. Sus cabellos obscuros y lacios y su barba puntiaguda le daban el aire de un pueblero en traje de campo. Era nervioso y resuelto, a pesar de la expresión melancólica de sus ojos. Hacía un año que se había casado, cuando estalló la revolución. Poseía un pedazo de campo — media "suerte" y alguna hacienda mestiza. El mismo construyó el "rancho" en que habitaba y "alambró" la chacra. Su compañera, una excelente muchacha, muy simpática y activa, le ayudaba en la formación de aquel nido, realmente feliz, porque ambos se querían, y además ninguno de los dos era ambicioso. ¿Qué otra cosa podrían desear si ya lo tenían todo? El amor y el bienestar idealizan la vida, cuando menos, suavizan sus asperezas, y Nazario, fortalecido por su dicha, no tuvo jamás temor al trabajo, porque sabía que su afán encontraría suficiente recompensa. Aquella linda criolla no conocía el refinamiento de las caricias, pero ¿quién podrá sostener que el oro deja de ser un metal precioso, porque no se ha puri-

ficado en el crisol? Era huérfana, nacida en parajes muy lejanos. Nazario la conoció en casa de una parienta, a cuyo lado se crió desde niña y se unió a ella, trayéndola a sus "pagos". Tenían un hijo, complemento o acaso plenitud de su alegría. Pronto, las mentas de aquel matrimonio dichoso, se difundieron y la prosperidad de que disfrutaban, no dejó de incomodar a más de un vecino envidioso, porque aunque los "ranchos" estén separados por muchas leguas, el gaucho sabe lo que pasa en cada uno de ellos.

Mientras los soldados elegían los mejores lugares para resguardarse de la lluvia, Nazario permaneció al abrigo de un peñasco, indiferente a todo, porque se hallaba tan desalentado que no se preocupaba ya de atenuar las contrariedades de su vida. Su obsesión permanente, era volver al "rancho", atacado del mal de la "querencia". Había desertado dos veces sin éxito, pues le alcanzaron en mitad del camino, aplicándole después humillantes castigos, que sufrió, rechinando los dientes, transformado en una bestia salvaje. De su mujer nada sabía. Hacía un año que lo habían separado de ella y sólo tuvo noticias por intermedio de un "bombero" que pasó cerca de su "estancia". El ejército se alejó a más de treinta y cinco leguas del paraje, y era locura, según su expresión, hacer indagaciones al respecto.

Bajo la fina lluvia de aquel crepúsculo invernal, sus tristezas aumentaron y el cuadro de su felicidad interrumpida, se reveló distintamente en su memoria. Recordó la consternación de su mujer y el llanto de su hijo, cuando le obligaron a marchar, montándole violentamente en el caballo, arreándole, como si fuera un malvado, a él que no tenía ni opiniones políticas siquiera. Pero lo primero que hizo el coronel Maya, caudillejo local, torpe y vengativo, apenas le dieron mando, fue sacarle de su casa, "pa que sirviese a la causa como tuitos".

—Se ha créido este gaucho, decía, que porque está enrielao, va a andar cuerpeándole al peligro? Lo he de crestiar en cuanto hinche el lomo.

Nazario, aunque comprendió la inutilidad de toda resistencia, se dispuso a no entregarse, diciendo:

—Al que me toque, le vi a hacer un ojal en el cuero, pa que sepan respetar al hombre de trabajo. Usté, coronel, lo que quiere son mis vacas. Puede llevárselas; no ande con tantos rodeos pa cumplir sus mañas.

No había concluido de hablar, cuando se sintió apretado por la espalda y atado codo con codo; luego lo treparon en el caballo y el sargento Nemesio Nieves, un gaucho de cara felina, deformada por los tajos, tomó las riendas y arrastró al animal, llevándole "de tiro", mientras un soldado le aplicaba rebencazos en las ancas. Al bajar la cuesta, Nazario miró hacia atrás, y vio a su pobre mujer llorando y abrazada al pequeñuelo. Un dolor infinito que no pudo reprimir, humedeció sus ojos, y lloró también, como hombre, ahogando los gemidos, aunque sin ocultar su desesperación y su rabia. Maya, profiriendo amenazas, mandó a su gente que le siguiera y cruzó el campo a galope tendido, cortando los alambres que se le oponían al paso, buscando su incorporación al ejército.

Después de varios días de marcha, dio orden de desatar al preso, colocándole en medio del escuadrón para que no se escapase; pero esta medida no dio resultado, porque una mañana, al pasar el río Negro, un grupo de revolucionarios sorprendió a la columna, la que viéndose atacada tan inesperadamente, se dispersó en todas

direcciones. Zerpa aprovechó la ocasión y se dirigió al monte. En él se quedó durante algunas horas, y cuando llegó la noche salió de su escondrijo sigilosamente; pero antes de aclarar se encontró con algunos dispersos. Reconociéronle en seguida y le prendieron. El capitanejo del piquete le apostrofó, escarneciéndole con palabras hirientes, haciendo mofa de su amor a la familia y para divertir a la soldadesca, le dijo riéndose:

—No pene tanto, amigazo, por su china, porque si es fiel... ha de estar con otro.

Zerpa, dominando la algazara que produjo la broma, gritó indignado:

—Miente, trompeta. Mi mujer no es rejugada como la suya.

Este acto de rebelión, estimuló la oficiosidad del gauchaje, pronta a manifestarse en favor del jefe, y el prisionero fue agredido a "planchazos".

En otra ocasión, durante un "entrevero", mientras los soldados lanceaban y eran lanceados, Zerpa disparó a la vista de todos, pero como no le quitaban los ojos de encima, le hicieron volver cara, obligándole a que pelease contra su voluntad, a ver si así le mataban. De ese modo no daría más trabajo. El, completamente descorazonado, al ver frustrado su intento, seguro de que aquellos desalmados no le dejarían nunca libre, atropelló, poniendo su cuerpo al alcance de las puntas y de los filos, deseando morir cuanto antes, pues creía que sólo de esa manera podría substraerse a su interminable agonía. Pero, aunque se obstinó, las "medias lunas" le respetaron, y apenas sacó de la refriega algunas heridas leves y desgarrones en las ropas.

—Dios quiere que siga sufriendo, exclamó, hasta que yo mesmo me corte el ñudo. ¡Suerte perra!

Para aquella gente, que guerreaba por inclinación de temperamento o por hábito, más que por amor a la divisa partidaria, —el gauchito desertor era un "renegao" de la patria, indigno de toda consideración—, y hasta le tenían por cobarde, porque no le habían visto acometer ninguna empresa arriesgada, y por el contrario, únicamente tomaba parte en la lucha, cuando ellos le impelían, envolviéndole en las cargas, cuando los lanceros cruzaban raudos el campo de pelea, estremeciéndolo con el tropel de sus bridones y haciendo flamear las banderolas, fuertemente prendidas a las astas. Sólo así, él aflojaba las riendas, sin temor a la muerte, y sin ánimo de herir a nadie, traído y llevado en el turbión de jinetes, como un gajo marchito que arrastra la corriente impetuosa, sin poder oponerse a la ley fatal que le empuja. El general en jefe del ejército, un militar ignorante, con fama de "guapo"; gordo, petizo, semipaisano, a quien Nazario se presentó un día, protestando del mal trato que le daban, contestóle en breves palabras:

—No me venga con quejas. Usté mesmo tiene la culpa, porque anda siempre retobao y mascando el freno.

¡Qué responder! Comprendía que su reputación de mal soldado se había extendido, como si él pretendiera sentar plaza de "milico"; como si lo que quería, lo que era un sueño de todas las horas, no fuese regresar a su "rancho"; como si lo que buscara fueran glorias militares, ni nombre de valiente! Su familia, su pedazo de tierra labrada, eran parte constitutiva de su felicidad, y hasta que su deseo no se realizase, no habría resolución bastante poderosa para dominar los impulsos de su corazón y para doblegar su voluntad de hierro. Sabía que se le consideraba como un elemento perturbador en el seno de aquel montón humano, que estaba unido por el vínculo de sus tendencias destructoras, movido por el afán de matar, blandos al capricho del caudillejo que les mandaba con

imperio y que les había despojado de todo sentimiento, de toda afición a la vida del hogar y del trabajo. En hora buena que practicaran lo que se les antojase, pero ¿por qué le habían de imponer a él el gusto de los otros? No quería servir a nadie, para eso era hombre libre. Estaba resuelto a que su situación cambiara, y a pesar de todo, se desertaría nuevamente, aunque le matasen en el camino, cosa que harían, sin duda, porque el jefe se lo había advertido, y era un tigre que no perdonaba.

Dominado por estas ideas, cuando el ejército se detuvo para acampar, experimentó profundo desconsuelo, porque se hizo cargo de la inmensa distancia que le separaba de su choza. Además, la lluvia que continuaba cayendo y que probablemente seguiría, multiplicaba los obstáculos. Los campos estaban inundados. Los ríos y los arroyos crecidos, no darían "paso", y tendría que atravesarlos a nado, exponiéndose a que la "correntada" lo estrellase en los troncos de los árboles caídos. Y mientras la gente preparaba el rancho y extendía los recados en los rincones más secos de los altos pedregales, él proseguía meditando su plan de evasión. El cabo de su compañía, un paisano conversador, para quien la guerra tenía atractivos irreemplazables, ya que como "entenao" de la fortuna no esperaba, poseer otro bien que el campo raso, ni más ganado que las vacas ajenas, al tiempo de encender las charamuscas que amontonara entre el hueco de dos piedras, le dijo entre serio y alegre:

—Mire, amigo Zerpa, hace mal en andar alzao. Hay que agacharse a la suerte y estirarse hasta ande le llegan las cubijas. ¿Se ha figurao que yo he sido siempre Juan sin Patria? Un tiempo juí como usté, pero el destino me guasquió de lo lindo, y ahura he criao cáscara nueva. Si en ésta no me aujerean el pellejo, de juro me moriré, pero siempre soldao.

Nazario oía la retahila del cabo, sin poner mayor atención. ¿Para qué iba a replicar, si el otro no le entendería? Se limitó, pues, a decirle, por no ser descomedido:

—¡Qué quiere, cabo —cada uno es como su madre lo ha hecho!

La lluvia había disminuido un poco y el viento arreciaba, barriendo los densos nubarrones, y silbando en las aristas de las piedras, que como bastiones en ruinas, llenaban los declives. La humareda del campamento, se arremolineaba, desgarrándose en las ramas de los "mataojos" corpulentos. A lo lejos, oscilaba la luz de un fogón, recién encendido y de un recodo de la cuchilla, venía un rumor permanente de agua, como si el caudal chocara al caer, en los "blocks" gigantescos de granito. La noche era muy obscura, por cuyo motivo resultaba dificultoso el tránsito entre aquellas sendas, cubiertas de maraña, donde la "espina de la cruz" teje su red erizada de púas, y el musgo verdoso cubre totalmente las rocas. Zerpa podría esconderse en alguna de aquellas grutas laberínticas, madrigueras de animales nocturnos, cuevas tenebrosas, cuyas aberturas él conocía, apenas disimuladas por los matorrales hirsutos y ralos que arraigan en las grietas, entrelazados a la "marcela" dorada, enredados a las tunas raquíticas, pero su propósito no era ocultarse sino irse definitivamente. El sabía que un hombre podía pasar su vida entera pernoctando en las quebradas, en los antros de piedras, grandes como casas, por entre cuyas gargantas el agua corre con el fragor de un torrente, a veces sin que nadie atine a saber por dónde se precipita, ni en qué lugar misterioso se halla la fuente de donde mana; pero él no era ni "matrero", ni forajido. Para quedarse allí, prefería seguir en el ejército. De modo que a eso de la media noche, cuando calculó que la soldadesca, vencida por el cansancio, dormía profundamente, se levantó con cuidado y antes de moverse observó atentamente a su alrededor. En la lobreguez de las sombras, su

mirada no alcanzó a gran distancia, pero le pareció que por esa vez, sus cuidadores se habían olvidado de vigilarle. Algunos fogones semiapagados, brillaban de vez en cuando en medio de la espesa obscuridad.

De un "rancho" distante llegaba el eco de un ladrido insistente y un caballo suelto relinchó a pocos pasos. A su espalda, se empinaba la inmensa mole de la sierra, al parecer inaccesible, silenciosa, como si estuviera deshabitada. Una piedra colosal casi suspendida en el aire, le produjo una impresión de frío, pues no sería extraño que el huracán la precipitase desde aquella altura, despertando a todo el ejército con el estrépito espantoso de su caída. Al fin se movió con lentitud y pisó la primera senda que penetraba en el corazón de las rocas. Subió despacio, tanteando escrupulosamente el camino, cuidando de no tropezar con un pedrusco. Al dar vuelta un picacho, se quedó inmóvil. El viento "pampero" que soplaba con verdadero empuje, rugiendo como una fiera en los acantilados y en la boca de los precipicios, entreabrió en ese instante el toldo de nubes, y la luz de la luna iluminó las rocas, con un resplandor de fuego de Bengala. Aquella aglomeración de puntas, de cerros, de pedregales, tenía el aspecto de un vasto cementerio, cuyas lápidas habían caído, dejando al descubierto los huecos de las tumbas vacías. Los arbustos enanos proyectaban sombras alargadas, semejando pequeños fantasmas que arrastrasen sudarios andrajosos. Instantáneamente desapareció la claridad del satélite y Zerpa se puso en movimiento. Delante de él, creyó ver algunos bultos que huían y oyó el rumor de carreras precipitadas. Su poncho se enredó en un gajo de laurel blanco, y al desprenderse, el cimbronazo espantó a un águila que reposaba en su nido. Sintió los recios aletazos al nivel de su cabeza, y volvió a tener miedo de que alguien pudiera sorprenderle.

En un recodo centelleaban las pupilas de un gato montés, como dos ascuas en las tinieblas, mientras que a intervalos, cuando el pampero se calmaba, se oían aquellos ladridos que venían del "rancho", como nuncio fatídico de inevitables infortunios. Ya había caminado gran trecho, cuando se detuvo otra vez. Casi tropezó con un hombre acostado en la senda angosta. Dio un pequeño rodeo y salvó el obstáculo. Agazapado detrás de unos matorrales se quedó un rato, para investigar la causa de un ruido y descubrió parte de la caballada encerrada en una meseta. Era lo que él buscaba, no habiendo equivocado el rumbo, pues bien había presenciado la operación del encierro, mientras conversaba con el cabo. Allí, cerca de la mano, tenía un caballo, atado por el cabestro a una estaca clavada en una rajadura de la roca. Se deslizó y desató al animal acariciándole el lomo para no asustarle y le llevó consigo, haciendo milagros de patinación sobre las hendiduras, sobre las pendientes, orientándose en aquellos lugares abruptos, cortados por barrancas o por desviaciones de las piedras removidas. Más de dos horas empleó en esta cruenta jornada, hasta que al fin, casi vencido por la fatiga, llenas de punzaduras las carnes, cubierto de espinas, pudo llegar al otro lado de la sierra. Lo que se vio en la falda, sobre el pasto muelle y tupido, le pareció que se había salvado de una gran desgracia y cobró ánimo para seguir ejecutando su resolución.

Ahora debía galopar costeando la cuchilla, para volver a pasarla, dos o tres leguas más arriba, y entonces, marcharía en dirección a su "querencia", buscando los caminos menos transitados, internándose en los montes si le perseguían, porque esto tenía que suceder infaliblemente en cuanto notaran su ausencia. Montó a caballo, "en pelo" y sin riendas, haciendo un "medio bocado" del maneador para suplir al freno, y rumbeó al tranco hasta pasar la sierra. En el camino no oyó otro ruido que el del viento sacudiendo las ramas y los cardales

escuetos. El aullido de un zorro le pareció un grito humano; al pasar un cañadón sintió el golpe de una nutria que se arrojaba desde la orilla, viéndola después nadar con el hocico fuera del agua en dirección a la barranca. Le tenían tan hostigado, que el rumor de las hojas, un aletazo, el chirrido de una lechuza, un choque cualquiera, le hacían palpitar el corazón aceleradamente. Tenía miedo, miedo cerval de ser descubierto. Ya había galopado más de diez leguas, cuando se paró de pronto, para que su "pingo" resollara. No era propiamente la madrugada, porque aún las tinieblas imperaban sobre los campos, pero era esa hora indecisa entre la noche y el alba, en que la tenue claridad parece mancharse con la impureza de las sombras. Próximo a él se hallaba el río Negro, y el fragor de la "correntada" le infundió un pavor invencible. ¿Cómo lo pasaría? Maquinalmente hizo andar al caballo, y al penetrar en el monte, parecióle que la noche empezaba de nuevo. No obstante su apuro, quiso esperar un rato, a fin de distinguir mejor la playa del vado. Un "canelón" centenario que había volcado el huracán, saltaba como un fragmento de corteza a los azotes del agua y en torno de él se formaba un turbión de rabiosas espumas. Un bulto informe, que parecía un caballo muerto, pasó rápidamente, girando bajo la acción de un remolino y en las márgenes, el agua entraba hasta la mitad del bosque, cubriendo los troncos de los árboles más altos; a la derecha, en medio de la obscuridad, se veía un "claro", como una calle entre el ramaje: era la boca de salida, por donde se filtraba escasamente el resplandor de la mañana.

En un arranque de impaciencia, Nazario se arrojó al río, perdiendo pie, pero el caballo era muy bueno, y aunque con grandes dificultades, logró salvar aquella anchura hirviente, gracias a su "baquía", saliendo por una "picada" distante del paso, pues la violencia de la masa líquida le empujó, desviándole de su ruta. Del otro lado, se olvidó del peligro en que estuvo, y emprendió el galope con el intento de llegar a su casa esa misma noche. Pero no había recorrido una legua, cuando al bajar una loma estuvo a punto de tropezar con una partida de lanceros que avanzaban al galope. Por el color de las banderolas, comprendió que aquellos hombres pertenecían a los montoneros, y como él llevaba puesto el traje de soldado del gobierno, retrocedió disparando. Los otros, al verle dar vuelta, le corrieron, y gracias al monte, que en aquel paraje formaba una ondulación, pudo salvarse escondiéndose en él. Sus perseguidores, burlados, emprendieron la marcha y él, cuando les perdió de vista, salió del escondite, tratando de apresurarse para recobrar el tiempo perdido, pero de seguro, por más que se apresurase, no podría llegar antes de la madrugada. Entonces, sin poder explicárselo, se sintió invadido por tristeza indefinible. No tenía sino motivos para alegrarse, porque a cada brazada de su flete, el camino disminuía. Pero no lo podía remediar. De improviso, le asaltaron los recuerdos de otros días venturosos, y esto contribuyó a aumentar su melancolía. Necesariamente, estaba condenado a pasar una vida de perros, huyendo de la gente del gobierno y expuesto a morir en manos de los revoltosos.

—Soy un hombre disgraciao —dijo— pero hay que poner pecho al destino.

Y un acceso de coraje, le hizo apretar las riendas, porque cuando se desesperaba, le venían ganas de matar, como si de súbito, debilitados instintos de raza, se posesionaran de todo su ser. Luego, pasada la cólera, pensó en que hacía un año que ignoraba la suerte de su mujer, de su hijo, de su pobre vivienda. El estado de su ánimo, exacerbado por tantas contrariedades y disgustos, se manifestaba accesible a todas las impresiones. Así, pasaba del enojo a la

mansedumbre, de la esperanza a la pérdida total de sus ilusiones, a medida que su pensamiento era optimista o se ennegrecía a fuerza de reflexiones y cavilosidades. Junto al Yí, le sorprendió la tarde, una tarde brumosa, sin un solo atractivo, pues ni el mismo campo ofrecía el aspecto alegre de otros días, en que los pastizales ondulan como un mar de esmeraldas y los chispazos del sol en las aristas del pedregal, desbordan una cascada de topacios, zafiros y rubíes. Cesaba de llover en ocasiones, para caer el agua con más fuerza, en recios chubascos; en los parajes bajos la inundación había ganado "campo afuera", y por casualidad se veía un vacuno, que el hambre echaba de la barranca, devorando aquel pasto mojado y sin jugo. El cielo estaba totalmente encapotado y en las regiones bajas de la atmósfera, se deslizaban nubarrones lívidos, como andrajos descoloridos por las lluvias. El ancho río, menos temible que el Negro, corría con rumoreo monótono, como si las espumas alborotadas, rezongaran amenazas incomprensibles, al ser disueltas en los raigones de las orillas. El remanso, adormecido en los días luminosos, ahora estaba convertido en un hervidero, porque en él entraban las ondas enloquecidas, sin poder serenarse. Aún Nazario no había llegado a la otra margen cuando la noche cayó más negra que nunca.

Su caballo empezaba a aflojar, cuando creyó reconocer la zona en que se hallaba su campo. Era ella. Allí estaba la "pulpería" de "lata"; las "mangueras" casi vacías y el "ombú" junto a la cocina, extendiendo sus raíces en el patio. La emoción le ahogaba. Más allá, descubriría el "rancho" de don Juan el Zurdo, un vasco viejo, que vivía como ermitaño, sin otros amigos que su caballo y su perro. Notó la ausencia de algunos "ranchos" y la presencia de otros de reciente construcción.

La luz difusa de un alba triste, empezó a clarear en el horizonte poblado de nubes. Al dar vuelta por el camino real, se encontró con el "alambrado" de su "estancia". Este se hallaba destruido en su mayor parte, quedando solamente los horcones. Entró en su campo y de pronto se quedó perplejo, como si estuviese desorientado. ¿Y su "rancho"? No le descubría en ninguna parte. Allí donde creía encontrarle, sólo había un lienzo de pared, cubierto de ortigas y un montón de adobes desleídos por las lluvias. Los cardales invadían todos los rincones, y el abrojal crecía soberano, tapando los albardones de la chacra. Al débil fulgor de la mañana, pudo observar el conmovedor espectáculo. Se había detenido junto a las ruinas, y a unos pasos, descubrió un mazo de "totora" y algunas "tijeras" quemadas. Dudando aún, miró a su alrededor, y comprendió que aquel era el sitio donde estuvo su "estancia". Sintió un vértigo, como si hubiera recibido un golpe en la cabeza y necesitó un gran rato, para tener otra vez conciencia de su infortunio. ¿Qué había sucedido? Estaba anonadado y aunque lo deseaba, no acertaba a tomar una iniciativa. Por último, movió al caballo y partió en una carrera vertiginosa.

Cuando se aproximó al "rancho" del vasco, se dio cuenta del objeto que le llevaba; se apeó y golpeó la puerta de la choza hasta que se la abrieron. De boca de aquel extraño campesino, lo supo todo. Una partida de revolucionarios había atacado al "rancho" incendiándole y robado la poca hacienda que quedaba en los potreros. Su mujer y su hijo, sorprendidos por las llamas, no tuvieron tiempo de huir y perecieron. Esa era la historia. Zerpa experimentó desesperación, angustia y rabia. Silencioso, con el rostro alterado por el dolor, se dirigió a la "tapera", resuelto a morir cerca de aquellas ruinas, que no eran sin embargo, tan lastimosas como las que tenía en el alma. Poco antes de apearse, oyó un tropel de caballos. Reconoció a los jinetes, pero ahora nada le importaba que vinieran. Que

lo mataran. ¡Para qué iba a vivir! Sentado en los terrones, esperó a sus enemigos implacables. No se dejaría llevar otra vez al ejército. Se resistiría para que le hiriesen. Si no lo hacían, les rogaría que lo ultimasen. Pero no tuvo que pedirles tanta conmiseración. Era desertor reincidente, y además, ladrón del parejero del general, de modo que en cuanto le vieron, le atropellaron, sin desmontarse, como si no mereciera el honor de ningún sacrificio. El ni se movió. En el instante de ser herido, sus ojos estaban nublados por el llanto y cuando cayó exánime, de espaldas, parecía que las lágrimas se le habían cristalizado en las mejillas.

Manuel P. Bernárdez (1867 - 1942)

El velorio vacuno

De flaco, de viejo, de cansado, de aburrido de arar, el pobre buey se acostó a morir una mañana en las inmediaciones del corral.

Lo cuerearon. Aquella piel barrosa, tan fuerte y tan curtida, que durante doce o quince años lo había abrigado contra las inclemencias de la vida, aquella piel que había agujereado la picana con su púa de hierro le fue sacada a cuchillo, entre risas, por los peones de la estancia. Lo desollaron de un lado, lo dieron vuelta y acabaron de arrancarle el poncho. El pelo había caído en partes, al refregarse el animal en tierra, en las ansias, cuando la muerte venía y le quitaba aquella vida que él había arrastrado tantos años a lo largo del surco.

Quedó muerto y desnudo. Coloreaba en el bajo su enorme cuerpo, enseñando la carne flaca, donde la sangre había quedado cuajada. Los perros iban allá, lo olfateaban y lo hallaban feo. Estaba muy flaco el pobre, y ni los perros lo querían comer.

Pasó todo el día asoleándose el cuerpo de aquel oscuro y miserable soldado de la siembra. ¡Cuántas espigas había hecho nacer! ¡Cuántas semillas habían hallado cuna en el surco abierto por aquel buey! Y ahora, allá estaba la osamenta, abandonada, terrosa, resecándose, llena de moscas. El héroe del surco, que había hecho germinar tanto aliento, tanto grano, tanta espiga, tanto pan, había muerto de flaco.

No. No podía morir así. Los hombres lo dejaban, pero sus semejantes debían ser más justos. Los hombres se olvidaban, pero entre los animales quedaba un sentimiento. Los hombres le sacaban el cuero porque se podía vender. Era el último servicio que prestaba el viejo buey. Tenía el cuero pesado. ¡Lástima que aquel diablo de animal se habían andado revolcando al morir! ¡Tal el cuero fuera deshecho, por eso! Y no pensaban nada más. Para ellos había concluido la desgraciada y bondadosa bestia. Pero las vacas, los toros mansos, los novillos tamberos, los bueyes veteranos, compañeros de yugo del buey muerto, tenían obligación de rendirle un recuerdo antes de abandonarlo, al verlo caído, incapaz de seguir tirando el arado, tan duro y tan pesado como la vida para la pobre bestia resignada.

Vinieron al caer la tarde. Las cuchillas prolongaban sus sombras; en los bajos empezaba a ser de noche; los pájaros ganaban los paraísos y se quedaban quietitos, con la cabeza escondida bajo el ala.

Entonces el ganado tambero fue cayendo al velorio. En el crepúsculo, el finado buey viejo, desollado, se veía colorear, con los matambres estirados, ya resecos por el sol de todo un día.

Los animales llegaron despacio, con aire fúnebre. Balaban con balido sordo y triste, como diciendo un responso. Eran mugidos cavernosos, tétricos, que resonaban sordamente en la tarde silenciosa y sosegada. Las ovejas, despavoridas, salían al galope, y los perros paraban la oreja, con ganas de ir a ladrar al ganado doliente.

El más triste era un novillo yaguané, sin duda pariente del buey. Era el que presidía el duelo. Mugía con verdadero dolor, y de pronto rompía en balidos desesperados. Un buey overo-negro, llamado Retruco, se acercaba al yaguané y lo tocaba con el hocico, balando a media voz, como si le dijese: ¡Hombre, no se aflija, que todos somos mortales! ¡Todos hemos de tener la misma suerte! ¡Iremos tirando hasta que nos toque clavar el asta!

Como en los velorios humanos, había allí los indiferentes, animales que habían venido por compromiso, por no chocar, por ceremonia vacuna. Habían llegado al muerto, lo habían olido, le habían balado quién sabe qué, por fórmula, y se retiraban rumiando sus asuntos. Otros, cuando el yaguané no los veía, agarraban algún bocado de pasto y lo mascaban disimuladamente...

En esto, un peón que pasaba, molestado por los mugidos, atropelló a caballo y deshizo el velorio a rebencazos.

Carlos Reyles (1868 - 1938)

Mansilla

En despoblado, a pesar de la lluvia y el viento, manejándose a tientas en medio de la oscuridad reinante, lograron encender el fuego. Esta operación tan sencilla les costó grandes trabajos: tuvieron que hacer con los cuchillos un pozo en la húmeda tierra, taparlo luego para que no se anegara, con una carona que sostenían cuatro palitos a modo de columnas, y que el viento derribó dos o tres veces, y hacer después arder la escasa leña a fuerza de fósforos, sebo y pulmones. En fin, la leña ardía alegremente, y ellos gozando de cierto bienestar dentro de sus ponchos de invierno, hablaban de cosas sin importancia, mientras a lo lejos oíanse los silbidos de sus compañeros que rondaban el ganado. De vez en cuando un relámpago iluminaba con lívida luz el horizonte, haciendo surgir de las tinieblas, aquí y allá, ranchos y poblaciones de aspecto huraño, lúgubre, y entonces se veían a los novillos apretados unos contra otros, con las ancas al viento y las cabezas gachas, y a los troperos que, chorreando agua, vagaban alrededor de las bestias.

—¡Tiempo diablo, como no tengamos una disparada! —exclamó de pronto Mansilla, el capataz, mirando en dirección a la tropa.

—Yo estoy "calao" hasta los "güesos"... vida aperrada ésta —articuló Esquivel su compañero, y los dos guardaron silencio un breve rato, pensando tal vez en los trabajos y malandanzas de su fatigoso oficio.

Eran troperos del Sauce. Cada mes salían un par de veces de la estancia, y siguiendo el paso lento, regular y monótono del ganado, que concluía por adormecerlos, caminaban y caminaban durante días de interminables horas, soportando lo más resignadamente que les era dado, las heladas y rigores del invierno o los ardientes rayos del sol canicular, las madrugadas frías y las noches borrascosas y lóbregas, preñadas de extraños ruidos, y en las que, entre vagos terrores, se despertaban sus oscuras creencias de niños,

las viejas y casi olvidadas creencias inculcadas por la bondadosa abuela junto al fogón del rancho paterno...

Al principio menos mal: los preparativos de la partida, sobre todo, tenían para ellos especial encanto: "Tusaban" y componían sus fletes mejores y más gordos; hacían, entre alegres dicharacheos y sonoras carcajadas, el equipaje, compuesto generalmente de una muda de ropa, un par de alpargatas, el recio poncho de paño y la caldera, que llevaba sujeta bajo la barriga del caballo, prenda que junto con la toalla entre los cojinillos caracteriza al tropero; recibían mil encomiendas y encargos, y cerrándoles pierna a los pingos recién aseados, se alejaban al galope tendido de la estancia, para alcanzar a la tropa, que invariablemente pastaba por los alrededores. El cambio de vida y la relativa independencia de que gozaban lejos de los ojos del patrón, los tenía decidores y retozones los primeros días, pero después de algunas noches de ronda y de no interrumpidas marchas bajo los rayos del sol, empezaban a sentirse incómodos y a cambiar de postura sobre el recado, cuyos "pellones" despedían fuego.

La mayor parte de las horas se las llevaban dormitando al compás del fatigoso "jopa-jopa" con que arreaban a las reses, y el resto en un estado de flojera y modorra tales, que los hacía recorrer inmensas zonas de varios paisajes sin que ellos vieran otra cosa, y eso confusamente, que lo que tenían delante de los ojos, allá, muy lejos, en un punto perdido del horizonte. De tarde en tarde alzaban la vista para seguir el reposado vuelo de una cigüeña, y luego volvían a canturrear el "jopa-jopa" y a adormitarse nuevamente. Algunas veces, muy raras, apartábanse de la tropa con el ánimo de tomar un mate de a caballo en algún rancho conocido o se apeaban en una "pulpería", para engullir, mirando los barrotes de hierro del mostrador y los artículos suspendidos del techo y cubiertos de polvo y telarañas, media libra de pasas de higo y nueces remojadas en vino seco, pero lo general era que sólo interrumpiese la monotonía de aquella existencia nómada, el vadeamiento de algún río, siempre peligroso, o una "disparada" del ganado, en la que no era extraño que alguno se perniquebrase o pereciera. Había muchos ejemplos de ello. Casualmente, Mansilla recordando lo que en aquel mismo sitio le había acaecido dos años antes, dijo, dando vuelta al "churrasco" que se asaba en las brasas:

—Le tengo miedo a la novillada ésta; todavía nos va a pegar un susto. ¿Se acuerda, aparcero, hace dos años aquí..? ¡disparada bárbara aquélla! —y dejándose llevar de la natural y animada locuacidad del paisano, agregó accionando mucho: —Yo gané la punta, y como iba bien "montao" le jugué risa; pero de repente, ¡qué iba a pensar en eso, si iba mirando "pa" atrás! pegó mi overo la pechada contra un "alambrao" y me "voló" lejos. Esa fue mi suerte; si caigo cerca no cuento el cuento, como el pobre "Benjasmín".

El suceso ocurrió de madrugada, al ponerse en marcha. Los novillos caminaban tranquilamente, pero de pronto, asustados por la brusca aparición de un avestruz, bufaron de espanto y emprendieron la fuga. Uno de los peones que corría delante, tuvo la malhadada suerte de rodar y fue realmente mutilado entre las pezuñas de las reses.

—El pobre "indio" salió "parao" —dijo el compañero de Mansilla— pero allí no más lo alcanzó una res en el "garrón" y lo "desjaretó". "Dende" que lo "vide" caer lo conté entre los muertos. Cuando sujetamos la novillada y vinimos a recogerlo estaba como hecho picadillo.

Echóse el sombrero a la nuca, dejando que la luz iluminara de lleno su rostro curtido por el sol, y agregó, triste, pero resigna-

damente, reflexionando en que las escasas monedas ganadas por ellos en aquella ruda tarea, se les escurrían de las manos no bien llegaban a Tablada:

—Y todo para no salir de pobres.

Mansilla hizo un gesto de asentimiento y los dos callaron de nuevo.

Después de dos o tres días de fiesta y jolgorio en el Paso del Molino, y de comprar algunas relumbrantes baratijas en las tiendas y "platerías", estas últimas abiertas para ellos nada más, como las trampas para los ratones, regresaban al Sauce con los cintos vacíos, pero eso sí, muy bien trajeados y cargados de pañuelos de seda y frascos de olor con que "quedar bien" entre sus conocimientos femeninos. Había quien se gastaba mes a mes el producto entero de su trabajo, en componerse, alhajarse y parecer galante. Y lo hacían por pueril vanidad, por no ser menos que los otros. Sobre todo los que "tropeaban" con Mansilla, contagiados con la liberalidad de éste y el deseo de imitarlo en el vestir, se veían en serios apuros para salvar algunos reales en cada viaje. Mansilla era para ellos el prototipo del gaucho por excelencia, el modelo del criollo que ellos tenían metido en el magín: alegre, decidor, buen compañero en toda suerte de lances, advertido y "camperazo". Y por modelo también era tenido fuera de la estancia; por eso no le llamaban Mansilla a secas, sino el "gaucho Mansilla", como si quisieran expresar que era, más que una persona, un "hombre-tipo", un ser característico que llevaba en sí "aquello" que distinguía a una raza que iba desapareciendo ya.

Recibíanlo en todos los ranchos en que se apeaba a su regreso de la ciudad, con no disimulado gozo; su franca charla y estruendosa alegría eran gustadas como manjar apetitoso que se saborea de tarde en tarde, casi como un favor del cielo... ¡Se reía tan franca y abiertamente, que aquello era una bendición! Además, donde quiera que estuviese veíase la vihuela, y a falta de música, su charla retozona que llenaba de júbilo hasta a los más díscolos y retraídos. Los viejos se complacían en repetir sus dichos y chuscadas, y las mozas lo nombraban riendo y haciéndose guiños, al recuerdo de las "cosazas", que a hurto de sus padres les decía al oído.

Con estas cualidades no es de extrañar que sus compañeros tratasen de seguirle los pasos en todo y aun de sobrepujarlo en aquello de ir de rancho en rancho, obsequiando a las mozas y conquistándose voluntades, lo cual les costaba muy buenos dineros, y sin que obtuvieran los favores que Mansilla, ni la general estimación que éste gozaba; pero donde se arruinaban verdaderamente, era en el empeño tenaz que ponían en vestirse como él y en usar las mismas prendas. Todos ambicionaban tener estribos de "campana", cintos con "pasadores" de oro, riendas con virolas de plata: quien se perecía por copiarle los "punteaos" y flores que ejecutaba en la vihuela, y quien le tomaba los puntos en el sentarse a caballo y jinetear de "pierna abierta" el potro más fiero. A muchos conducíalos su servil imitación hasta ponerse el "gacho" sobre las cejas como él, y a llevar el chiripá de merino negro con franja colorada, medio arrastrando por los talones, como Mansilla lo usaba para darse el vanidoso gusto de picarlo en las espuelas... Interiormente se avergonzaban de ser tan presumidos y gastadores, pero mirándose en las tranquilas y limpias aguas de los arroyos: "De todos modos no hemos de salir de pobres", decían y sonreían satisfechos.

—Yo pienso "pegar la sentada" —dijo Mansilla, rompiendo el prolongado silencio en que habían caído, y su rostro simpático se iluminó como el de quien se dispone a hablar de asuntos muy íntimos y queridos.

—Pronto no voy a ser solo... hay que mirar pa' adelante —y sonriendo hasta mostrar sus dientes iguales, un poco grandes y apretados, cuya blancura resaltaba sobre las rojas encías que también descubría al reir, añadió: —¿No adivina, aparcero...?

Pero Esquivel, por toda respuesta, le dirigió una mirada indiferente, echándose después el sombrero sobre los ojos, como si quisiera huir las interrogadoras miradas de Mansilla, el cual, sin notarlo, prosiguió:

—A usted quiero confesárselo antes que a nadie; sí, aparcero, he decidido tomar estado.

Silencio glacial. "¿Por qué, qué quiere decir eso?" se preguntó viendo que su amigo le escuchaba sin darle muestra de simpatía ni siquiera de interés, encerrado en un silencio a todas luces hostil. No le parecía bien, y al decírselo sintióse apenado por una desazón extraña, y la sonrisa huyó de sus labios.

En silencio cortó un trozo de churrasco, y después de comer algunos bocados, dijo resueltamente:

—Parece que la noticia no ha sido muy de su agrado: ¿no es de su gusto la moza o qué?

Esquivel, eludiendo la pregunta y con tono sentencioso, dejó caer estas palabras:

—El hombre ha de picar de flor en flor y volar.

Y entonces él, precisamente porque comprendía que su compañero no miraba con buenos ojos a Margarita, empezó a ponderársela y a explicarle lo muy obligado que estaba. Hablóle de lo buena, económica y laboriosa que era y lo mucho que parecía quererlo, y concluyó diciéndole que el mismo patrón, aquilatando las perfecciones de la moza, le había aconsejado que se casase.

—Usté es mayor de edad; haga lo que quiera; pero ya le digo: el hombre debe picar de flor en flor y volar.

Mansilla no pudo menos que reírse de la seriedad de su amigo.

—Despáchese, aparcero —le dijo—; usté tiene algo en el buche, suelte prenda de una vez y déjese de andar con rodeos, que a mí no me asustan sombras.

A lo cual contestó Esquivel apeándose de su actitud reservada y mirándolo frente a frente:

—Todas las mujeres son de la "mesma" laya; yo aparcero, soy más viejo que usté y las he "esperimentao". Para mí la suya le anda jugando sucio: ahí tiene lo que tenía en la garganta; yo soy su amigo y cumplo diciéndoselo.

Con las espesas cejas enarcadas y dilatadas las ventanillas de la aguileña nariz, miró Mansilla a su amigo un instante y luego, haciendo un violento esfuerzo para domar la expresión fiera que le afeaba el rostro, dijo con voz ronca y temblona:

—Usté es un aparcero y puede decirme lo que quiera... si hubiera sido otro, a estas horas nos habíamos roto los cuernos. Sepa que mi china no es como las demás... Mangacha es Mangacha, y como Mangacha no hay otra.

Como era la hora de relevar a los peones, Esquivel se dirigió a su caballo.

—Está bueno, yo decía lo "mesmo" de Nicolasa —repuso al montar, y después agregó para su capote, mientras que al trotecito se alejaba del fogón: "Bicho zonzo el cristiano cuando se enamora".

Pocos momentos más tarde, Mansilla con el sombrero en la mano y al aire la revuelta melena, montaba también y se perdía en la oscuridad. Esa noche no dormitó sobre el caballo como otras veces; hasta el amanecer oyeron sus silbidos los peones y lo vieron vagar alrededor de la tropa, pasando por delante de ellos sin proferir palabra, como alma en pena.

Al salir el sol entraron en Tablada.

Un cuarto de legua antes, en la costa de un arroyo, Mansilla echó pie a tierra y debajo del pancho se mudó de ropa, como hacía siempre en aquel pasaje; dióle un buen limpión, con la arena mojada a los estribos, riendas y freno, y atándole la cola a su pingo tornó a montar entrando en Tablada tan risueño y feliz como siempre, repartiendo saludos y sonrisas a diestra y siniestra.

—¿Qué dice el gaucho Mansilla? —le gritó uno de los compradores—; parece que ha bañao a sus novillos; ¿están muy crecidos esos arroyos?

—Regular: a los patos les da "pue" el pecho —y después de esta chuscada, acordándose súbitamente por una inexplicable ligazón de ideas, de las palabras de Esquivel, pensó: "¿Por qué me habrá dicho eso mi aparcero...? y cuando él me lo ha dicho... ¡Ay Mangacha, Mangacha!", y siguió bromeando con los compradores, que ya lo habían rodeado dispuestos a echar un rato de palique.

Como la escasez de ganado era mucha, la tropa se vendió ese mismo día, y Mansilla pudo verse libre antes de lo que esperaba. Arregló sus cuentas con el vendedor de las haciendas del Sauce, y capataz y peones se dirigieron al Paso del Molino a gastar alegremente el dinero ganado en el viaje. Pero esta vez él tenía otras miras: iba a comprar el regalo de bodas. Separóse de sus compañeros y se dirigió a una de las más lujosas platerías. Desde el primer momento lo sedujo una gargantilla de filigrana de plata, un trabajo florentino por el cual le pidieron treinta pesos, diez más de los que él tenía; pero como era parroquiano, el platero no tuvo inconveniente en fiarle el resto, y Mansilla se vio en posesión de la bonita alhaja.

"Le va a quedar que ni pintada", se dijo dos o tres veces, de regreso a la fonda, acariciando mentalmente el cuello morado y bien torneado de Mangacha; pero al divisar a Esquivel en la puerta, y sobre todo, al sentir sobre sí la mirada escrutadora de éste, volvió a sentirse molesto y a ser atormentado por la duda. "¿Y si me jugara sucio?... ¿pero puede ser eso verdad?", y pensando así, le acometió el vehemente deseo, el fortísimo antojo de regresar para verla, porque viéndola se figuraba que se sentiría inmediatamente tranquilizado. "Sí, sí, lo mejor es verla", se repitió varias veces.

"A mi pobre aparcero le ha hecho dañito la marca, murmuró Esquivel viéndolo alejar; pero, ¿qué le hemos de hacer, a casi todos nos pasa lo mesmo; ¡malaya sean las mujeres!"

Mansilla galopó, galopó y galopó. Las dudas que antes le asaltaban de tarde en tarde, iban convirtiéndosele en un pensamiento fijo, en un come-come continuo que le roía las entrañas. Al verse en despoblado quiso precisar sus ideas que en bullicioso tumulto acudían a su cerebro llenándolo de sombras y dudas, y se dijo: "Despacito por las piedras, Mansilla; a este paso no te aguantan los mancarrones", y pasándose la mano por la frente prosiguió:

—"Vamos a ver: ¿a dónde voy yo, qué voy a hacer? Aunque Esquivel me haya dicho eso, ¿será posible que mi Mangacha me engañe?... y se puso a pensar en los ratos pasados junto a Margarita hasta representársela tal como era ella, con los menores detalles de sus actitudes, gestos y ademanes.

La veía con los brazos al aire y un pañuelo de seda a la cabeza, lavando a orillas del arroyo, en una postura que hacía resaltar sus bellas formas, o ya sentada debajo del ombú que cobijaba el rancho, cebándole mate de leche a la vieja y sonriéndole a él con aquella boca de expresión graciosa y pura, que era lo que más lo inclinaba a ella y lo que menos le dejaba creer ahora que le fuese

infiel... "Engañarme, ¿y por qué?..." y recordando su dulce sonrisa, agregaba: "No, no es verdad, no puede ser verdad".

En estas alternativas se le pasaron algunas horas. A eso del mediodía mudó caballo y siguió su carrera, pasando por delante de los ranchos donde acostumbraba a detenerse a galope tendido, sin mirar siquiera. "¡Ay Mangacha, Mangacha!" suspiraba, y le metía sin piedad las espuelas al caballo, sintiendo cada vez más imperiosamente la necesidad de verla. Atravesaba los llanos, escalaba los cerros, descendía las cuestas abajo a media rienda siempre, como si huyera de algún enemigo invisible o de su propia sombra.

En una estancia donde era conocido pidió un churrasco, y rehusando apearse allí, fue a asarlo en la falda de una cuchilla, lejos del camino y de las importunas miradas de los transeúntes.

Deseaba estar solo para resolver en el magín aquello que tanto daño le hacía. Contemplando distraídamente, mientras ardía la leña, su bonito apero, cuajado de brillante plata, se preguntó vaga e inconscientemente, cómo había podido ganar bastante para adquirir aquellas costosas prendas, y a punto seguido empezó a recordar, de un modo vago también y como pensando en varias cosas a un mismo tiempo, los muchos favores que le debía al patrón.

Sin duda le había caído en gracia. A los seis u ocho meses de haber ingresado como peón, dieron en distinguirlo los superiores, confiándole algunos trabajitos y acarreos de ganado; más tarde lo hicieron puestero, y por último capataz de tropa. Y precisamente la fortuna le sonreía, él lo recordaba bien en aquellos momentos, desde el punto y hora en que entró en relaciones amorosas con Margarita. "Ella, sin duda, es mi buena estrella", se dijo, y repitiéndose estas palabras con una insistencia ajena a su voluntad, fue poniéndose muy pálido y desencajándose su rostro, hasta adquirir la expresión idiota de sorpresa y abatimiento. "¡Si será el patrón!" murmuró; y al través de esta cruel sospecha, que no hizo por alejar, creyó explicarse su extraña suerte en el Sauce. "Todo está más clarito que el agua", y luego, no con la sospecha, sino con el firme convencimiento de que Margarita lo engañaba, agregó fuerte, como para oirse él mismo: "Les he servido de pantalla, he sido un zonzo..." y parándose, pególe un puntapié al churrasco y montó de nuevo.

Mugiendo blandamente se dirigían las vacas a la querencia, y las lechuzas acompañaban con sus graznidos la lenta y dulce muerte de la tarde. Cuando cerró la noche, el gaucho Mansilla, envuelto en las negras tintas, siguió avanzando al trotecito.

Al amanecer descubrió a lo lejos el rancho de Margarita, medio borroso, casi imperceptible entre las brumas de la mañana; perdiólo de vista en un bajo, y al aparecer de nuevo ante sus ojos le dio un vuelco el corazón. Era que perdía el único resto de esperanza: al pie del ombú escarceaba el "pangaré" de don Gonzalo. Mansilla ahogó su pena con un juramento seco y breve y se detuvo sin saber qué partido tomar; pero a los pocos instantes, sin darse cuenta de ello seguramente, atraído por inexplicable fuerza, fue acercándose al rancho.

Al verlo Margarita, que salía con la "pava" en la mano para llenarla de agua en la "cachimba", quiso huir, pero él la alcanzó y arrojándola al suelo violentamente, le puso el pie en el pescuezo, como hacía con los borregos para señalarlos con entera comodidad. Un hombre de unos cincuenta años salió entonces de la habitación, corriendo en auxilio de la infeliz:

—No te "acerqués", viejito, porque te voy a cortar —le gritó Mansilla deteniéndolo con un suave planchazo y una torva mirada; y luego, encorvándose sobre Margarita, que gemía bajo la bota, le

agarró la trenza y se la cortó a raíz de un solo tajo. Atóla a la cola de su caballo, de modo que se viera bien, y se alejó sin apurarse ni poco ni mucho, en dirección a la estancia.

—Vengo de "rabonar" una "reyuna" —les dijo a los peones al tiempo que despojaba a su caballo del bonito y valioso apero y le ponía el muy humilde con que había llegado a la estancia dos años antes.

—Esto traje y esto me llevo —agregó, disponiéndose a partir.

Los peones lo miraban suspensos, comprendiendo perfectamente por sus palabras y las hermosas trenzas de Margarita que todos conocían, lo que había sucedido.

—¿A dónde va, hermanito? —le preguntó cariñosamente un camarada acercándosele.

—Qué se yo: a rodar por ahí; la tierra es grande —y después dirigiéndose a todos en general, añadió: —¡Adiós, caballeros! ustedes son testigos de que el gaucho Mansilla se va como vino: con el sombrero en la nuca—, y tomó el camino del monte.

Lo que se vio solo, solo con su dolor, sin tener por qué fingir ni a quién engañar, dejóse caer del caballo, y cogiendo cariñosamente la maltratada trenza, la cubrió de lágrimas y besos. "¡Ay, Mangacha, Mangacha!" suspiraba, sintiendo que a pesar de todo, el alma se le iba tras de ella. Al través de sus lágrimas y de las retorcidas ramas de los "espinillos" veía el rancho de la ingrata, incendiado por las tintas rojas del astro magno, que flotaba en el horizonte con su acostumbrada pompa y rayos y resplandores. Trinaban los pájaros, animábase la naturaleza toda con la salida del vivificante sol... y entre tanto él se moría de pena. "¡Ay, Mangacha, Mangacha!" repetía internándose cada vez más en la espesura del monte, como venado herido que huye del ruido y la luz.

Javier de Viana (1868 - 1928)

Los amores de Bentos Sagrera

Cuando Bentos Sagrera oyó ladrar los perros, dejó el mate en el suelo, apoyando la bombilla en el asa de la caldera, se puso de pie y salió del comedor apurando el paso para ver quién se acercaba y tomar prontamente providencia.

Era la tarde, estaba oscureciendo y un gran viento soplaba del Este arrastrando grandes nubes negras y pesadas, que amenazaban tormenta. Quien a esas horas y con ese tiempo llegara a la estancia, indudablemente llevaría ánimo de pernoctar; cosa que Bentos Sagrera no permitía sino a determinadas personas de su íntima relación. Por eso se apuraba, a fin de llegar a los galpones antes de que el forastero hubiera aflojado la cincha a su caballo, disponiéndose a desensillar. Su estancia no era posada, ¡canejo! — lo había dicho muchas veces; y el que llegase, que se fuera y buscase fonda, o durmiera en el campo, ¡que al fin y al cabo dormían en el campo animales suyos de más valor que la mayoría de los desocupados harapientos que solían caer por allí demandando albergue! En muchas ocasiones habíase visto en apuros, porque sus peones, más bondadosos, —¡claro, como no era de sus cueros que habían de salir los maneadores!— permitían a algunos desensillar; y luego era ya mucho más difícil hacerles seguir la marcha.

La estancia de Sagrera era uno de esos viejos establecimientos de origen brasileño, que abundan en la frontera y que semejan cárceles o fortalezas. Un largo edificio de paredes de piedra y techo de azotea; unos galpones, también de piedra, enfrente, y a los lados un alto muro con sólo una puerta pequeña dando al campo. La cocina, la despensa, el horno, los cuartos de los peones, todo estaba encerrado dentro de la muralla.

El patrón, que era un hombre bajo y grueso, casi cuadrado, cruzó el patio haciendo crujir el balasto bajo sus gruesos pies, calzados con pesadas botas de becerro colorado. Abrió con precaución la puertecilla y asomó su cabeza melenuda para observar al recién llegado, que se debatía entre una majada de perros, los cuales, ladrando enfurecidos, le saltaban al estribo y a las narices y la cola del caballo, haciendo que éste, encabritado, bufara y retrocediera.

—¡Fuera, cachorros! — repitió varias veces el amo, hasta conseguir que los perros se fueran alejando, uno a uno, y ganaran el galpón gruñendo algunos, mientras otros olfateaban aún con desconfianza al caballero, que, no del todo tranquilo, titubeaba en desmontar.

—Tiene bien guardada la casa, amigo don Bentos, — dijo el recién llegado.

—Unos cachorros criados por divertimiento, —contestó el dueño de casa con marcado acento portugués.

Los dos hombres se estrecharon la mano como viejos camaradas; y mientras Sagrera daba órdenes a los peones para que desensillaran y llevaran el caballo al potrero chico, éstos se admiraban de la extraña y poco frecuente amabilidad de su amo.

Una vez en la espaciosa pieza que servía de comedor, el ganadero llamó a un peón y le ordenó que llevara una nueva caldera de agua; y el interrumpido mate amargo continuó.

El forastero, don Brígido Sosa, era un antiguo camarada de Sagrera, y, como éste, rico hacendado. Uníalos, más que la amistad, la mutua conveniencia, los negocios y la recíproca consideración que se merecen hombres de alta significación en una comarca. El primero poseía cinco suertes de estancia en Mangrullo, y el segundo era dueño de siete en Guasunambí, y pasaban ambos por personalidades importantes y eran respetados, ya que no queridos, en todo el departamento y en muchas leguas más allá de sus fronteras. Sosa era alto y delgado, de fisonomía vulgar, sin expresión, sin movimiento: uno de esos tipos rurales que han nacido para cuidar vacas amontonar cóndores y comer carne con "fariña". Sagrera era más bien bajo, grueso, casi cuadrado, con jamones de cerdo, cuello de toro, brazos cortos, gordos y duros como troncos de coronilla; las manos anchas y velludas, los pies como dos planchas, dos grandes trozos de madera. La cabeza pequeña poblada de abundante cabello negro, con algunas, muy pocas canas; la frente baja y deprimida los ojos grandes, muy separados uno de otro, dándole un aspecto de bestia; la nariz larga en forma de pico de águila; la boca grande con el labio superior pulposo y sensual apareciendo por el montón de barba enmarañada.

Era orgulloso y altanero, avaro y egoísta, y vivía como la mayor parte de sus congéneres, encerrado en su estancia, sin placeres y sin afecciones. Más de cinco años hacía de la muerte de su mujer y desde entonces él solo llenaba el caserón, en cuyas toscas paredes retumbaban a todas horas sus gritos y sus juramentos. Cuando alguien le insinuaba que debía casarse, sonreía y contestaba que para mujeres le sobraban con las que había en su campo, y que todavía no se olvidaba de los malos ratos que le hizo pasar el "diablo de su compañera". Algún peón que lo oía, meneaba la cabeza y se iba

murmurando que aquel "diablo de compañera" había sido una santa y que había muerto cansada de recibir puñetazos de su marido, a quien había aportado casi toda la fortuna de que era dueño. Pero como estas cosas no eran del dominio público y quizás no pasaran de murmuraciones de cocina, el ganadero seguía siendo un respetable señor, muy digno de aprecio, muy rico, y aunque muy bruto y más egoísta, capaz de servir al ciento por ciento, a algún desgraciado vecino.

Sosa iba a verlo por un negocio, y proponiéndose grandes ganancias, el hacendado de Guasunambí lo agasajaba de todas maneras.

Ofrecióle en la cena puchero con "pirón", guiso de menudos con "fariña" y un cordero, gordo como un pavo cebado, asado al asador y acompañado de galleta y fariña seca; porque allí la fariña se comía con todo y era el complemento obligado de todos los platos. Y como extraordinario, en honor del huésped se sirvió una "canjica con leite", que, según la expresión brasileña, "si è fejon con toucinho è muito bom: ella borra tudo".

Afuera, el viento que venía desde lejos saltando libre sobre las cuchillas peladas, arremetió con furia contra las macizas poblaciones, y emprendiéndola con los árboles de la huerta inmediata, los cimbró, los zamarreó hasta arrancarles las pocas hojas que les quedaban, y pasó de largo, empujado por nuevas bocanadas que venían del Este, corriendo a todo correr. Arriba, las nubes se rompían con estruendo y la lluvia latigueaba las paredes del caserón y repiqueteaba furiosamente sobre los techos de zinc de los galpones.

En el comedor, Sagrera, Sosa y Pancho Castro, —este último capataz del primero—, estaban de sobremesa, charlando, tomando mate amargo y apurando las copas de cañas que el capataz escanciaba sin descanso.

Pancho Castro era un indio viejo, de rostro anguloso y lampiño, y de pequeños ojos turbios semiescondidos entre los arrugados párpados. Era charlatán y amigo de cuentos, de los cuales tenía un repertorio escaso, pero que repetía siempre con distintos detalles.

—¡Qué modo de yober! —dijo—. Esto me hace acordar una ocasión, en la estancia del finao don Felisberto Martínez, en la costa 'el Tacuarí...

—¡Ya tenemos cuento! — exclamó Sagrera; y el viejo, sin ofenderse por el tono despreciativo del estanciero, continuó muy serio:

—¡Había yobido! ¡Birgen santísima! El campo estaba blanquiando; tuitos los bañados yenos, tuitos los arroyos campo ajuera, y el Tacuarí hecho una mar...

Se interrumpió para cebar un mate y beber un trago de caña; luego prosiguió:

—Era una noche como ésta; pero entonces mucho más fría y mucho más escura, escurasa: no se bía ni lo que se combersaba. Habíamo andao tuita la nochesita recolutando la majada que se nos augaba por puntas enteras, y así mesmo había quedao el tendal. Estábamos empapaos cuando ganamo la cosina, onde había un juego que era una bendisión 'e Dios. Dispué que comimo "los" pusimo a amarguiar y a contá cuentos. El biejo... ¡usté se ha de acordá del biejo Tiburcio, aquel indio de Tumpambá, grandote como un rancho y fiero como un susto a tiempo!... ¡Pucha hombre aquél que domaba laindo! Sólo una ocasión lo bide asentar el lomo contra el suelo, y eso jué con un bagual picaso del finado Manduca, que se le antojó galopiar una mañanita que había yobido a lo loco, y jué al ñudo que...

—Bueno, viejo, —interrumpió Sosa con marcada impaciencia—, deje corcobiando al bagual picaso y siga su cuento.

—Dejuro nos va a salir con alguno más sabido que el bendito, — agregó don Bentos.

—Güeno, si se están riyendo dende ya, no cuento nada, —dijo el viejo atufado.

—¡Pucha con el basilisco! — exclamó el patrón; y luego, sorbiendo media copa de caña, se repantigó en la silla y agregó:

—Puesto que el hombre se ha empacao, yo voy a contar otra historia.

—Vamos a ver esa historia, — contestó Sosa; y don Pancho murmuró al mismo tiempo que volvía a llenar las copas:

—¡Bamo a bé!

El ganadero tosió, apoyó sobre la mesa la mano ancha y velluda como pata de mono, y comenzó así:

—Es un suseso que me ha susedido. Hase de esto lo menos unos catorse o quinse años. Me había casao con la finada, y me vine del Chuy a poblar acá, porque estos campos eran de la finada cuasi todos. Durante el primer año yo iba siempre al Chuy pa vigilar mi establecimiento y también pa...

Don Bentos se interrumpió, bebió un poco de caña, y después de sorber el mate que le alcanzaba el capataz, continuó:

—Pa visitar una mujersita que tenía en un rancho de la costa.

—Ya he oído hablar de eso, —dijo Sosa—. Era una rubia, una brasilera.

—Justamente. Era la hija de un quintero de Yaguarón. Yo la andube pastoriando mucho tiempo; pero el viejo don Juca, su padre, la cuidaba como caballo parejero y no me daba alse pa nada. Pero la muchacha se había encariñao de adeberas, y tenía motivos, porque yo era un moso que las mandaba arriba y con rollos, y en la cancha que yo pisaba no dilataba en quedar solo. El viejo quería casarla con un estopor empleao de la polesía, y como colegí que a pesar de todas las ventajas la carrera se me iba haciendo peluda, y no quería emplear la fuerza, —no por nada, sino por no comprometerme—, me puse a cabilar. ¡Qué diablo! yo tenía fama de artero y esa era la ocasión de probarlo. Un día que había ido de visita a casa de mi amigo Monteiro Cardoso, se me ocurrió la jugada. Monteiro estaba bravo porque le habían carniao una vaca.

—¡Este no es otro que el viejo Juca! —me dijo.

El viejo Juca estaba de quintero en la estancia del coronel Fortunato, que lindaba con la de Monteiro, y a éste se le había metido en el mate que el viejo lo robaba. Yo me dije: "ésta es la mía!" y contesté en seguida:

—Mire, amigo, yo creo que ese viejo es muy ladino, y sería bueno hacer un escarmiento.

Monteiro no deseaba otra cosa y se quedó loco de contento cuando le prometí yo mismo espiar al quintero y agarrarlo con las manos en el barro.

Así fue: una noche, acompañao del pardo Anselmo, le matamos una oveja a Monteiro Cardoso y la enterramos entre el maizal del viejo Juca. Al otro día avisé a la polecía; fueron a la güerta y descubrieron el pastel. El viejo gritaba, negaba, y amenazaba; pero no hubo tutía: lo maniaron no más y se lo llevaron a la sombra dispués de haberle sobao un poco el lomo con los corbos.

Sonrió Bentos Sagrera, cruzó la pierna derecha, sosteniendo el pie con ambas manos; tosió fuerte y siguió:

—Pocos días dispués fui a casa de Juca y encontré a la pobre Nemensia hecha una mar de lágrimas, brava contra el *bandido* de Monteiro Cardoso, que había hecho *aquello* por embromar a su pobre padre.

Le dije que había ido para consolarla y garantirle que iba a

sacarlo en libertad... siempre que ella se portara bien conmigo. Como a la rubia le gustaba la pierna...

—Mesmamente como en la historia que yo iba a contá, cuando el finao Tiburcio, el domadó... dijo el capataz.

—No tardó mucho en abrir la boca pa decir que sí, —continuó don Bentos interrumpiendo al indio—. La llevé al rancho que tenía preparao en la costa, y conversamos, y...

El ganadero cortó su narración para beber de nuevo, y en seguida, guiñando los ojos, arqueando las cejas, continuó contando con la prolijidad comunicativa del borracho, todos los detalles de aquella noche de placer comprada con infamias de perdulario. Después rió con su risa gruesa y sonora y continua como mugido de toro montaraz.

Una inmensa bocanada de viento entró en el patio, azotó los muros de granito, corrió por toda la muralla alzando a su paso cuanta hoja seca, trozo de papel o chala vieja encontró sobre el pedregullo, y luego de remolinear en giros frenéticos y dando aullidos furiosos, buscando una salida, golpeó varias veces, con rabia, con profundo encono, —cual si quisiera protestar contra el lúbrico cinismo del ganadero—, la sólida puerta del comedor, detrás de la cual los tres ebrios escuchaban con indiferencia el fragor de la borrasca.

Tras unos minutos de descanso, el patrón continuó diciendo:

—Por tres meses la cosa marchó bien, aunque la rubia se enojaba y me acusaba de dilatar la libertad del viejo; pero dispués, cuando lo largaron a éste y se encontró con el nido vacío, se propuso cazar su pájara de cualquier modo y vengarse de mi jugada. Yo lo supe; llevé a Nemensia a otra jaula y esperé. Una noche me agarró de sopetón, cayendo a la estancia cuando menos lo esperaba. El viejo era diablo y asujetador; y como yo, naturalmente, no quería comprometerme, lo hice entretener con un pión y mi hice trair un parajero que tenía a galpón, un tubiano...

—Yo lo conocí, —interrumpió el capataz—; era una maula.

—¿Qué? —preguntó el ganadero ofendido.

—Una maula; yo lo bide cuando dentró en una penca en el Cerro; corrió con cuatro estopores... y comió cola las tresientas baras.

—Por el estado, que era malo.

—Porque era una maula, —continuó con insistencia el capataz; no puede negá el pelo... ¡tubiano!...

—Siga, amigo, el comento, que está lindo, —dijo Sosa para cortar la disputa. Y don Bentos, mirando con desprecio al indio viejo, prosiguió diciendo:

—Pues ensillé el tubiano, monté, le bajé la bandera y fui a dar al Cerro-Largo, dejando al viejo Juca en la estancia, bravo como toro que se viene sobre el lazo. Dispués me fui pa Montevideo, donde me entretuve unos meses, y di'ay que yo no supe cómo fue que lo achuraron al pobre diablo. Por allá charlaban que habían sido mis muchachos, mandaos por mí; pero esto no es verdá...

Hizo don Bentos una mueca cínica, como para dar a entender que realmente era el asesino del quintero, —y siguió tranquilo su relato:

—Dispués que pasaron las cosas, todo quedó otra vez tranquilo. Nemensia se olvidó del viejo; yo le hice creer que había mandao decir unos funerales por el ánima del finao, y ella se convensió de que yo no era cumple de nada. Pero, amigo, usté sabe que petiso sin mañas y mujer sin tachas no ha visto nadies tuavía!... La rubia me resultó selosa como tigra resién parida y me traía una

vida de perros, jeringando hoy por esto y mañana por aquello.

—Punto por punto como la ñata Grabiela en la rilasión que yo iba a haser, —ensartó el indio, dejando caer la cabeza sobre el brazo que apoyaba en la mesa.

Don Bentos aprovechó la interrupción para apurar el vaso de alcohol, y después de limpiarse la boca, continuó, mirando a su amigo:

—¡Pucha si era celosa! Y como dejuro yo le había aflojao manija al prinsipio, estaba consentida a más no poder, y de puro quererme empesó a fastidiarme lo mismo que fastidia una bota nueva. Yo tenía, naturalmente, otros gallineros donde cacarear; — en el campo no más, aquella hija de don Gumersindo Rivero, y la hija del puestero Soria, el canario Soria, y Rumualda, la mujer del pardo Medina...

—¡Una manadita flor! — exclamó zalameramente el visitante; a lo que Sagrera contestó con un

—¡Eh! —de profunda satisfacción.

Y reanudó el hilo de su cuento.

—Cuasi no podía ir al rancho: se volvía puro llorar y puro echarme en cara lo que había hecho y lo que no había hecho, y patatrís y patatrás, ¡como si no estuviera mejor conmigo que lo que hubiera estao con el polecía que se iba a acollarar con ella, y como si no estuviera bien paga con haberle dado población y con mandarle la carne de las casas todos los días, y con las lecheras que le había emprestao y los caballos que le había regalao!... ¡No, señor; nada! Que "cualquier día me voy a alsar con el primero que llegue..." Que "el día menos pensao me encontrás augada en la laguna..." Y esta música todas las veses que llegaba y hasta que ponía el pie en el estribo al día siguiente, pa irme. Lo pior era que aquella condenada mujer me había ganao el lao de las casas, y cuando muy aburrido, le calentaba el lomo, en lugar de enojarse, lloraba y se arrastraba y me abrasaba las rodillas y me acarisiaba, lo mismo que mi perro overo Itacuaitiá cuando le doy unos rebencasos. Más le pegaba y más humilde se hasía ella; hasta que al fin me entraba lástima y la alsaba y la acarisiaba, con lo que ella se ponía loca de contenta. ¡Lo mismo, esatamente lo mismo que *Itacuaitiá!*... Así las cosas, la mujer tuvo un hijo, y dispués otro, y más dispués otro, como pa aquerensiarme pa toda la vida. Y como ya se me iban poniendo duro los caracuses, me dije: lo mejor del caso es buscar mujer y casarse, que de ese modo se arregla todo y se acaban las historias. Cuando Nemensia supo mi intensión, ¡fue cosa bárbara! No había modo de consolarla, y sólo pude conseguir que se sosegase un poco prometiéndole pasar con ella la mayor parte del tiempo. Poco dispués me casé con la finada y nos vinimos a poblar en este campo. Al prinsipio todo iba bien y yo estaba muy contento con la nueva vida. Ocupao en la costrusión de esta casa, —que al prinsipio era unos ranchos no más;— entusiasmao con la mujersita nueva, y en fin, olvidado de todo con el siempre estar en las casas, hiso que no me acordara pa nada de la rubia Nemensia, que había tenido cuidao de no mandarme desir nada. Pero al poco tiempo la muy oveja no pudo resistir y me mandó desir con un pión de la estansia que fuera a cumplir mi palabra. Me hise el sonso: no contesté; y a los cuatro días, ya medio me había olvidao de la rubia, cuando resibí una esquela amenasándome con venir y meter un escándalo si no iba a verla. Comprendí que era capás de haserlo, y que si venía y la patrona se enteraba, iba a ser un *viva la patria.* No tuve más remedio que agachar el lomo y largarme pa el Chuy, donde estuve unos cuantos días. Desde entonces seguí viviendo un poco aquí y un poco allá, hasta que, —yo no sé si

porque se lo contó algún lengua larga, que nunca falta, o porque mis viajes repetidos le dieron que desconfiar,— la patrona se enteró de mis enredos con Nemensia y me armó una que fue como disparada de novillos chúcaros a media noche y sin luna. Si Nemensia era selosa, la otra, ¡Dios nos asista!... Sermón aquí, responso allá, me tenía más lleno que bañao en invierno y más desasosegao que animal con bichera. Era al ñudo que yo le hisiera comprender que, si no era Nemensia, sería otra cualesquiera, y que no tenía más remedio que seguir sinchando y avenirse con la suerte, porque yo era hombre así y así había de ser. ¡No, señor!... La brasilera había sido de mal andar, y cuando me le iba al humo corcobiaba y me sacudía con lo que encontraba. Una vez cuasi me sume un cuchillo en la pansa porque le dí una cachetada. ¡Gracias a la cuerpiada a tiempo, que si no me churrasquea la indina! Felismente esto duró poco tiempo, porque la finada no era como Nemensia, que se contentaba con llorar y amenasarme con tirarse a la laguna: la patrona era mujer de desir y haser las cosas sin pedir opinión a nadies. Si derecho, derecho; si torsido, torsido: ella enderesaba no más y había que darle cancha como a novillo risién capao. Pasó un tiempo sin desirme nada; andubo cabilosa, pero entonces mucho más buena que antes pa conmigo, y como no me chupo el dedo y maliseo las cosas siempre bien, me dije: la patrona anda por echarme un pial; pero como a matrero y arisco no me ganan ni los baguales que crían cola en los espinillos del Rincón de Ramírez, se va a quedar con la armada en la mano y los rollos en el pescueso. Encomensé a bicharla, siempre hasiéndome el sorro muerto y como si no desconfiara nada de los preparos que andaba hasiendo. No tardé mucho en colegirle el juego, y... ¡fijesé, amigo Sosa, lo que es el diablo!... ¡me quedé más contento que si hubiera ganao una carrera grande!... Figuresé que la tramoya consistía en haser desapareser a la rubia Nemensia!...

—¿Desaparecer, o *esconder?* —preguntó Sosa guiñando un ojo y contrayendo la boca con una sonrisa aviesa.

Y Bentos Sagrera, empleando una mueca muy semejante, respondió en seguida:

—Desapareser o esconder; ya verá.

Después prosiguió:

—Yo, que, como le dije, ya estaba hasta los pelos de la hija de don Juca, vi el modo de que me dejaran el campo libre al mismo tiempo que mi mujer hasía las pases; y la idea me gustó como ternero orejano. Es verdá que sentía un poco, porque era feo haser así esa asión con la pobre rubia; pero, amigo, ¡qué íbamos a haser! A caballo regalao no se le mira el pelo, y como al fin y al cabo yo no era quien pisaba el barro, ni era cumple siquiera, me lavé las manos y esperé tranquilamente el resultao. La patrona andaba de conversaciones y más conversaciones con el negro *Caracú*, un pobre negro muy bruto que había sido esclavo de mi suegro y que le obedesía a la finada lo mismo que un perro. Bueno, —me dije yo,— lo mejor será que me vaya pa Montevideo, así les dejo campo libre, y además, que si acaso resulta algo jediondo no me agarren en la voltiada. Y así lo hise en seguida. La patrona y *Caracú* no esperaban otra cosa, —continuó el ganadero después de una pausa que había aprovechado para llenar los vasos y apurar el contenido del suyo.— La misma noche en que bajé a la capital, el negro enderesó pa la estansia del Chuy con la cartilla bien aprendida y dispuesto a cumplirla al pie de la letra, porque estos negros son como cusco, y brutasos que no hay que hablar. *Caracú* no tenía más de veinte años, pero acostumbrao a los lasasos del finao mi suegro, nunca se dio cuenta de lo que era ser libre, y así fue que

siguió siendo esclavo y obedesiendo a mi mujer en todo lo que le mandase haser, sin pensar si era malo o si era bueno, ni si le había de perjudicar o le había de favoreser; vamos que era como mancarrón viejo que se amolda a todo y no patea nunca. El tenía la idea, sin duda, de que no era responsable de nada, o de que puesto que la patrona le mandaba haser una cosa, esa cosa debía ser buena y permitida por la autoridá. ¡Era tan bruto el pobre negro *Caracú*...! ¡La verdá que se presisaba ser más que bárbaro pa praticar lo que praticó el negro! ¡Palabra de honor! yo no lo creí capás de una barbaridá de esa laya... porque, caramba, ¡aquello fue demasiao, amigo Sosa, fue demasiao!...

El ganadero, que hacía rato titubeaba, como si un escrúpulo lo invadiera impidiéndole revelar de un golpe el secreto de una infamia muy grande, se detuvo, bruscamente interrumpido por un trueno que reventó formidable, largo, horrendo, como la descarga de una batería poderosa. El caserón tembló como si hubiera volado una santabárbara en el amplísimo patio; el indio Pancho Castro despertó sobresaltado; el forastero, que de seguro no tenía la conciencia muy limpia, tornóse intensamente pálido; Bentos Sagrera quedóse pensativo, marcado un cierto temor en la faz hirsuta; y, durante varios minutos, los tres hombres permanecieron quietos y callados, con los ojos muy abiertos y el oído muy atento, siguiendo el retumbo decreciente del trueno. El capataz fue el primero en romper el silencio:

—¡Amigo! —dijo,— ¡vaya un rejusilo machaso! ¡Este, a la fija que ha caído! ¡Quién sabe si mañana no encuentro dijuntiao mi blanco porselana. Porque, amigo, estos animales blancos son perseguido po lo rayo como la gallina po el sorro!...

Y como notara que los dos estancieros continuaban ensimismados, el indio viejo agregó socarronamente:

—¡Nu'ay como la caña pa dar coraje a un hombre!

Y con trabajo, porque tenía la cabeza insegura y los brazos sin fuerzas, llenó el vaso y pasó la botella al patrón, quien no desdeñó servirse y servir al huésped. Para la mayoría de los hombres del campo, la caña es un licor maravilloso; además de servir de remedio para todo mal, tiene la cualidad de devolver la alegría siempre y cada vez que se tome. Así fue que los tertulianos aquellos quedaron contentos: luchando el indio por conservar abiertos los párpados; ansioso Sosa por conocer el desenlace de la comenzada historia, e indeciso Bentos Segrera entre abordar y no abordar la parte más escabrosa de su relato. Al fin, cediendo a las instancias de los amigos y a la influencia comunicativa del alcohol, que hace vomitar los secretos más íntimos hasta a los hombres más reservados, —las acciones malas como castigo misterioso, y las buenas acciones como si éstas se asfixiaran en la terrible combustión celular,— se resolvió a proseguir, no sin antes haber preguntado a manera de disculpa:

—¿No es verdá que yo no tenía la culpa, que yo no soy responsable del susedido?

Sosa había dicho:

—¡Qué culpa va a tener, amigo!

Y el capataz había agregado entre varios cabeceos:

—¡Dejuro que no!... ¡dejuro que no!... ¡que no!... ¡que no!... ¡no!... ¡no!...

Con tales aseveraciones, Sagrera se consideró libre de todo remordimiento de conciencia y siguió contando:

—El negro *Caracú*, como dije, y a quien yo no creía capás de la judiada que hiso, se fue al Chuy dispuesto a llevar a cabo la artería que le había ordenado mi mujer... ¡Que barbaridá!...

¡Si da frío contarlo!... ¡Yo no sé en lo que estaba pensando la pobresita de la finada!... En fin, que el negro llegó a la estansia y allí se quedó unos días esperando el momento oportuno pa dar el golpe. Hay que desir que era un invierno de lo más frío y de lo más lluvioso que se ha visto. Temporal ahora, y temporal mañana, y deje llover, y cada noche más oscura que cueva de ñacurutú. No se podía cuasi salir al campo y había que dejar augarse las majadas o morirse de frío, porque los hombres andaban entumidos y como baldaos del perra de tiempo aquél. ¡Amigo! ¡ni qué comer había! carne flaca, pulpa espumosa, carne de perro, de los animales que cueriábamos porque se morían de necesidá. La suerte que yo estaba en Montevideo y allí siempre hay buena comida misturada con yuyos. Bueno: *Caracú* siguió aguaitando, y cuando le cuadró una noche bien negra, ensilló disiendo que rumbiaba pacá, y salió. En la estansia todos creyeron que el retinto tenía cueva serca y lo dejaron ir sin malisear nada. ¡Qué iban a malisear del pobre *Caracú*, que era bueno como el pan y manso como vaca tambera! Lo embromaron un poco disiéndole que *churrasqueara* a gusto y que no tuviera miedo de las *perdises*, porque como la noche estaba de su mismo color, ellos se entenderían. Sin embargo, uno hiso notar que el moso era prevenido y campero, porque había puesto un maniador en el pescueso del caballo y otro debajo de los cojinillos, como pa atar a soga, bien seguro, en caso de tener que dormir a campo. Dispués lo dejaron marchar sin haber lograo que el retinto cantara nada. *Caracú* era como bicho pa rumbiar, y así fue que tomó la diresión del rancho de la rubia Nemensia, y al trote y al tranco, fue a dar allá, derechito no más. Un par de cuadras antes de llegar, en un bajito, se apió y manió el caballo. Allí, —el negro mismo contó después todos, pero todos los detalles,— picó tabaco, sacó fuego en el yesquero, ensendió el sigarro y se puso a pitar, tan tranquilo como si en seguida fuese a entrar a bailar a una sala, o pedir la maginaria pa paliar de volcao en la puerta de una manguera. ¡Tenía el alma atravesada aquel pícaro!... Luego dispués, al rato de estar pitando en cuclillas, apagó el pucho, lo puso detrás de la oreja, desprendió el maniador del pescueso del caballo, sacó el que llevaba debajo de los cojinillos y se fue caminando a pie, despasito, hasta los ranchos. En las casas no había más perros que un cachorro barsino que el mismo negro se lo había regalao; así fue que cuando éste se asercó, el perro no hiso más que ladrar un poquito y en seguida se sosegó reconosiendo a su amo antiguo. *Caracú* buscó a tientas la puerta del rancho, la sola puerta que tenía y que miraba pal patio. Cuando la encontró se puso a escuchar; no salía ningún ruido de adentro: las gentes pobres se acuestan temprano, y Nemensia seguro que roncaba a aquellas horas. Dispués con un maniador ató bien fuerte, pero bien fuerte, la puerta contra el horcón, de modo que nadie la pudiera abrir de adentro. Yo no sé cómo la ató, pero él mismo cuenta que estaba como pa aguantar la pechada de un novillo. En seguida rodió el rancho, se fue a una ventanita que había del otro lao y hiso la misma operasión. Mientras tanto, adentro, la pobre rubia y sus tres cachorros dormían a pierna suelta, seguramente, y en la confianza de que a rancho de pobre no se allegan matreros. ¡Y Nemensia, que era dormilona como lagarto y de un sueño más pesao qu'el fierro!... Dispués de toda esta operasión y bien seguro de que no podían salir de adentro, el desalmao de moreno... —¡Parese mentira que haiga hombres capases de haser una barbaridá de esa laya!... — Pues el desalmao del moreno, como se lo cuento, amigo Sosa, le prendió fuego al rancho por los cuatro costaos. En seguida que vio que todo estaba prendido y que con la ayuda de

un viento fuerte que soplaba, aquello iba a ser como quemasón de campo en verano, sacó el pucho de atrás de la oreja, lo ensendió con un pedaso de paja y se marchó despasito pal bajo, donde había dejao su caballo. Al poquito rato empesó a sentir los gritos tremendos de los desgrasiaos que se estaban achicharrando allá adentro; pero así y todo el negro tuvo alma pa quedarse clavao allí mismo sin tratar de juir! ¡Qué fiera, amigo, que fiera!... ¡En fin, hay hombres pa todo! Vamos a tomar un trago... ¡Eh! ¡don Pancho!... ¡Pucha hombre flojo pa chupar!... Pues, como desía, el negro se quedó plantao hasta que vio todo quemao y todo hecho chicharrones. Al otro día mi compá Manuel Felipe salió de mañanita a recorrer el campo, campiando un caballo que se le había estraviao, se allegó por la costa y se quedó pasmao cuando vio el rancho convertido en escombros. Curiosió, se apió, removió los tisones y halló un muchacho hecho carbón, y dispués a Nemensia lo mismo, y no pudo más y se largó a la oficina pa dar cuenta del susedido. El comisario fue a la estansia pa ver si le endilgaban algo, y en cuanto abrió la boca, el negro *Caracú* dijo:

—¡Juí yo!

No lo querían creer de ninguna manera.

—¡Cómo que fuistes vos! —le contestó el comisario; —¿te estás riendo de la autoridá, retinto?

—No, señó; ¡juí yo!

—¿Por qué?

—Porque me mandó la patrona.

—¿Que quemaras el rancho?

—Sí.

—¿Con la gente adentro?

—¡Dejuro!... ¡y pues!

—¿Y no comprendés que es una barbaridá?

—La patrona mandó.

Y no hubo quien lo sacara de ahí.

—¡La patrona mandó! —desía a toda reflesión del comisario o de los piones. Así fue que lo maniataron y lo llevaron. Cuando supe la cosa me pasó frío, ¡amigo Sosa!... Pero, dispués me quedé contento, porque al fin y al cabo me vi libre de Nemensia y de los resongos de la finada, sin haber intervenido pa nada. ¡Porque yo no intervine pa nada, la verdá, pa nada!

Así concluyó Bentos Sagrera el relato de sus amores; y luego, golpeándose los muslos con las palmas de las manos:

—¡Eh! ¿que tal?... —preguntó.

Don Brígido Sosa permaneció un rato en silencio, mirando al capataz que roncaba con la cabeza sobre la mesa. Después, de pronto:

—Y el negro, —dijo,— ¿qué suerte tuvo?

—Al negro lo afusilaron en Montevideo, —contestó tranquilamente el ganadero.

—¿Y la patrona?...

—La patrona anduvo en el enredo, pero se arreglaron las cosas.

—¡Fue suerte!

—Fue. Pero también me costó una ponchada de pesos.

Don Brígido sonrió y dijo zalameramente:

—Lo cual es sacarle un pelo a un conejo.

—¡No tanto, no tanto! —contestó Bentos Sagrera fingiendo modestia.

Y tornó a golpearse los muslos y a reir con tal estrépito, que dominó los ronquidos de Castro, el silbido del viento y el continuo golpear de la lluvia sobre el techo de sinc del gran galpón de los peones.

La contracara de la modernización económica del último tercio del XIX la ofrecieron los escritores que retrataron tipos y costumbres del campo uruguayo de la época. Los cuatro mayores de ese ciclo - Santiago Maciel, Manuel P. Bernárdez, Carlos Reyles y Javier de Viana - componen este cuadro de bravía intensidad.



Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel). Diciembre de 1968.